

**HENNING
MANKELL**

**PISANDO
LOS TALONES**



MAXI
TUSQUETS
EDITORES

 **SERIE
WALLANDER**

HENNING MANKELL
PISANDO LOS TALONES

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

El miércoles 7 de agosto de 1996, Kurt Wallander estuvo a punto de morir en un accidente de tráfico al este de Ystad.

Sucedió poco después de las seis de la madrugada. Acababa de cruzar Nybrostrand, en dirección a Österlen, cuando de repente vio surgir delante de su Peugeot un camión que venía directo hacia él. En cuanto oyó el claxon del camión, dio un volantazo y se salió al arcén. En ese momento lo atenazó el miedo. El corazón empezó a latirle bajo el pecho, y luego sintió tal mareo, tal vértigo, que creyó que iba a desmayarse. Durante un buen rato mantuvo las manos aferradas al volante de forma compulsiva.

Una vez que hubo recuperado la calma, se dio cuenta de lo que había ocurrido. Se había dormido al volante. Sólo había dado una cabezada, apenas duró una fracción de segundo, pero fue suficiente para que su viejo vehículo invadiera, haciendo eses, el carril opuesto.

Un segundo más y ahora estaría muerto, aplastado bajo el peso del camión.

La idea lo dejó helado por un momento. Lo único que le venía a la cabeza era aquella ocasión, hacía ya algunos años, en que le faltó poco para chocar contra un alce a las afueras de Tingsryd.

Pero entonces había niebla y estaba oscuro. En cambio, esta vez se había dormido al volante.

El cansancio.

No lo comprendía. Le había sucedido sin previo aviso, poco antes de marcharse de vacaciones, a principios de junio. Precisamente este año había decidido tomarse el descanso a comienzos del verano. Pero la lluvia le había amargado las vacaciones. Hasta que no se hubo incorporado al trabajo, poco después de San Juan, no llegó el buen tiempo a Escania.

Desde entonces, el cansancio ya no le había abandonado. Era capaz de quedarse dormido sentado en una silla. Incluso tras una larga noche de sueño ininterrumpido, tenía que hacer un esfuerzo para levantarse de la cama. Con frecuencia, cuando iba al volante, se veía obligado a pararse un rato en el arcén para echar una cabezada.

No comprendía aquel cansancio. Su hija Linda le había preguntado al respecto durante la semana de vacaciones que habían pasado juntos y en la que habían viajado en coche por Gotland. Fue una de las últimas noches, y estaban alojados en una pensión de Burgsvik. Había hecho una tarde magnífica. Habían pasado el día deambulando por el extremo sur de Gotland y, antes de regresar a la pensión, cenaron en una pizzería.

Linda le preguntó por qué estaba tan agotado. Kurt contempló el rostro de su hija, iluminado por la luz del candel, y comprendió que ella había meditado bien la pregunta. Sin embargo, le contestó con evasivas, le dijo que no le pasaba nada, que era muy normal que dedicase parte de sus vacaciones a intentar recuperar las horas robadas al sueño. Linda no insistió, pero él notó que no quedaba muy convencida.

Tras el grave suceso con el camión, comprendió que no podía seguir así. Aquel cansancio no era normal. Algo no funcionaba. Había intentado detectar otros síntomas de enfermedad, pero no halló nada, salvo que a veces se despertaba por la noche con calambres en las pantorrillas.

Se dio cuenta de lo cerca que había estado de la muer-

te y concluyó que no podía ignorar ese cansancio por más tiempo. Tendría que pedir cita con el médico aquel mismo día.

Arrancó el coche y prosiguió su camino. Bajó la ventanilla. Pese a que corría ya el mes de agosto, hacía aún mucho calor.

Se dirigía a la casa de su padre, en Löderup. No sabía cuántas veces había recorrido el mismo camino, pero seguía sin poder aceptar la idea de no hallar a su padre en su taller, ante el caballete, pintando uno de sus cuadros con el motivo recurrente y siempre idéntico: un paisaje con un urogallo. O sin urogallo. Pero siempre con el sol como suspendido de hilos invisibles sobre las copas de los árboles.

Pronto se cumplirían dos años desde el día en que Gertrud llamó a la comisaría de Ystad para comunicarle que su padre había caído muerto en el suelo del taller. Aún podía rememorar, como en una imagen nítida pero deformada, que, en aquella ocasión, mientras conducía hacia Löderup, se había negado a aceptar lo que sabía que era cierto; pero al ver a Gertrud en el jardín, no pudo ignorarlo por más tiempo y cobró conciencia de lo que lo aguardaba.

Aquellos dos años habían pasado muy deprisa. Siempre que podía, aunque no muy a menudo, visitaba a Gertrud, que seguía viviendo en la casa de su padre. Tardaron más de un año en ponerse a limpiar a fondo el taller. Encontraron treinta y dos cuadros terminados y firmados. Una tarde de diciembre de 1995, sentados a la mesa, Gertrud y él confeccionaron una lista de las personas a las que regalarían aquellos cuadros.

Wallander se quedó con dos, uno con urogallo y otro sin él. A Linda le dieron uno, al igual que a la ex mujer de Kurt, Mona. Su hermana Kristina no quiso aceptar ninguno, ante el asombro y quizá también la pesadumbre de Wallander. Gertrud ya tenía varios, así que les quedaban veintiocho cuadros que repartir.

Wallander decidió enviar uno, aunque sin mucho convencimiento, al comisario de la policía judicial de Kristiansstad, con el que se veía de vez en cuando. Se les acabó la lista, en la que estaban incluidos los familiares de Gertrud, cuando llevaban repartidos veintisiete cuadros. Es decir, que les quedaban aún cinco cuadros.

Wallander se preguntaba qué hacer con ellos. Sabía que no sería capaz de quemarlos. En realidad, ahora pertenecían a Gertrud, pero ella dijo que se los quedasen Kristina y él, en lugar de aceptarlos ella, que había sido la última en llegar a la vida de su padre.

El inspector pasó el desvío hacia Kåseberga. Ya no tardaría en llegar. Pensó en lo que lo aguardaba. Una tarde de mayo, durante una de sus visitas a Gertrud, habían dado un largo paseo por los caminos para tractores que serpenteaban por entre los campos de colza. Le dijo entonces que no quería quedarse a vivir allí, que empezaba a sentirse demasiado sola.

—No quisiera seguir en esta casa, no sea que empiece a aparecérseme como un fantasma —aseguró.

Él creyó entender lo que había querido decir. Con toda probabilidad, él habría reaccionado del mismo modo.

Mientras caminaban entre los campos, ella le pidió que le ayudase a vender la casa. No tenía prisa, podía esperar hasta después del verano. Pero quería marcharse antes de que llegase el otoño. Tenía una hermana que acababa de quedarse viuda y que vivía a las afueras de Rynge, donde Gertrud tenía pensado instalarse.

Y había llegado el momento. Aquel miércoles, Wallander se había tomado el día libre. A las nueve de la mañana acudiría a la casa un corredor de fincas de Ystad para acordar con ellos un precio razonable. Antes de que se presentase el agente inmobiliario, él y Gertrud revisarían las últimas cajas de cartón con las pertenencias del padre. Lo habían empacutado todo la semana anterior. Su colega Martin-

son había llevado una carretilla con la que hicieron varios viajes hasta el contenedor de basura cercano a Hedeskoga. Con creciente malestar, Wallander pensó que, al final, lo que queda de la vida de una persona va a parar al basurero más próximo.

De su padre, aparte de los recuerdos, sólo quedaban unas cuantas fotografías, los cinco cuadros y unas cajas con cartas y documentos viejos. Nada más. Su vida había sido liquidada.

Tomó el desvío que conducía a la casa de su padre.

En el patio divisó a Gertrud, que siempre se levantaba muy temprano.

Ante su sorpresa, observó que llevaba el mismo vestido que lució el día de la boda con su padre. Se le hizo un nudo en la garganta, pues tomó conciencia de la gravedad y la solemnidad con que Gertrud vivía aquel momento. Comprendió que aquella mujer estaba a punto de abandonar su hogar.

Tomaron café en la cocina, donde los armarios, con las puertas abiertas, tan sólo dejaban ver las baldas vacías. Aquella misma tarde, la hermana de Gertrud acudiría a recoger a ésta. Wallander se quedaría con una copia de la llave y le daría la otra al corredor de fincas.

Antes del café, revisaron el contenido de las dos cajas de cartón. Entre las viejas cartas, Wallander descubrió asombrado un par de zapatos de niño que creyó reconocer como suyos. ¿Era posible que su padre los hubiese guardado durante todos aquellos años?

Más tarde, llevó las cajas al coche y, al cerrar la puerta, vio a Gertrud en la escalera, sonriendo.

—Quedan cinco cuadros; no lo habrás olvidado, ¿verdad?

Wallander negó con la cabeza y se dirigió a la cabaña que su padre había convertido en taller. La puerta estaba abierta. Pese a que lo habían limpiado a fondo, seguía oliendo a disolvente. Sobre el viejo hornillo estaba el cazo en el que su padre había preparado innumerables tazas de café.

«Es posible que ésta sea la última vez que entre aquí», reflexionó. «Sin embargo, a diferencia de Gertrud, no he venido vestido para la ocasión, sino con mi indumentaria habitual, más cómoda que elegante. Por otro lado, de no haberme acompañado la suerte, ahora estaría tan muerto como mi padre. Y Linda tendría que ir al contenedor de basura con lo que hubiese quedado de mí. Entre otras cosas, dos cuadros, uno de ellos con urogallo.»

Wallander no se sentía muy cómodo. Su padre estaba aún presente en aquel taller. Los cuadros estaban apoyados contra una de las paredes. Los llevó al coche, los metió en el maletero y los cubrió con una manta. Gertrud seguía en la escalera.

—Ya no hay nada más, ¿no?

Wallander meneó la cabeza.

—Nada más —aseguró—. Nada.

A las nueve en punto entró en el patio el coche del corredor de fincas. Wallander se sorprendió al reconocer al hombre que salió del automóvil. Se llamaba Robert Åkerblom. Unos años atrás, su mujer había sido brutalmente asesinada y arrojada a un viejo pozo.* Fue uno de los casos de asesinato más infaustos y desagradables de cuantos Wallander había investigado. Al ver a Åkerblom, frunció el entrecejo con gesto inquisitivo.

En efecto, había elegido una de las inmobiliarias más importantes, con sucursales en toda Suecia, y la de Åkerblom no se contaba entre ellas, si es que seguía existiendo. Wallander creía haber oído que la habían cerrado poco después del asesinato de Louise Åkerblom.

Salió a recibirlo a la escalera. Robert Åkerblom tenía el mismo aspecto con que el inspector lo recordaba. En su primer encuentro, el hombre se le había echado a llorar en el despacho y se acordó de que, precisamente, había pensado

* Véase *La leona blanca*, Tusquets Editores, colección Andanzas 507, Barcelona, 2003 y Quinteto 139. (N. del E.)

que Robert Åkerblom era un hombre cuyo rostro nunca podría retener en su memoria. En cualquier caso, su inquietud, en primer lugar, y después el desconsuelo por la muerte de su esposa eran auténticos. Wallander no había olvidado que pertenecían a una Iglesia libre, creía recordar que a la Iglesia metodista.

Se estrecharon la mano.

—¡Vaya, nos vemos de nuevo! —exclamó Robert Åkerblom.

Wallander reconoció también su voz. Por un momento, se sintió incómodo ante la situación. ¿Qué podía decirle?

Sin embargo, Robert Åkerblom se le adelantó.

—Siento tanto dolor por su muerte hoy como entonces —dijo despacio—. Pero para las niñas es mucho peor, claro está.

El inspector recordó a las dos hijas, tan pequeñas cuando ocurrió todo, y que tuvieron que pasar por aquel trago sin que, en realidad, comprendieran nada.

—Debe de ser difícil —repuso Wallander.

Durante un instante, temió que se repitiese la escena del despacho, que Robert Åkerblom se desmoronase y rompiese a llorar. Pero no fue así.

—Intenté seguir con la agencia, pero no tenía fuerzas. Cuando me ofrecieron un puesto en una de las inmobiliarias de la competencia, aproveché la oportunidad. Nunca me he arrepentido de ello. Entre otras ventajas, me he librado de pasar interminables tardes revisando la contabilidad, con lo que puedo dedicar más tiempo a las niñas.

En aquel momento, Gertrud salió al patio. Recorrieron juntos la casa mientras Robert Åkerblom tomaba notas y sacaba algunas fotografías. Hecho esto, se sentaron en la cocina a tomarse un café. En un primer momento, a Wallander le pareció algo bajo el precio que sugería Åkerblom; pero enseguida se dio cuenta de que, en realidad, era tres veces más de lo que su padre había pagado en su día.

Robert Åkerblom se marchó poco después de las diez y media. Wallander pensó que quizá fuese conveniente quedarse hasta que llegase la hermana de Gertrud. Ésta, que adivinó lo que estaba pensando el inspector, le aseguró que no tenía ningún inconveniente en quedarse sola.

—Hace un buen día —afirmó—. Después de todo, el verano, ahora que ya casi ha terminado, resulta que no ha sido tan malo. Me sentaré aquí, en el jardín.

—Si quieres, me quedo contigo. Me he tomado el día libre.

Gertrud negó con un gesto.

—Ven a visitarme a Ryngge —le propuso—. Pero espera unas semanas, hasta que me haya organizado.

Wallander se subió al coche y se dispuso a volver a Ystad. Tenía pensado ir directamente a casa y pedirle hora al médico. Luego se apuntaría en el horario de la lavandería de la comunidad y limpiaría el apartamento. Dado que no tenía prisa, se decidió por el camino más largo. Le gustaba conducir, contemplar el paisaje mientras dejaba vagar sus pensamientos.

Acababa de dejar atrás Valleberga cuando sonó el móvil. Era Martinson. Wallander frenó y se detuvo en el arcén.

—He estado buscándote —empezó Martinson—. Como es natural, nadie me había avisado de que tenías el día libre. Por cierto, ¿sabes que tu contestador está averiado?

El inspector sabía que a veces se atascaba. Enseguida sospechó que había ocurrido algo. Pese a toda su experiencia como policía, la sensación era siempre la misma. Se le encogía el estómago, le faltaba el aire.

—Te llamo desde el despacho de Hanson —prosiguió Martinson—. La madre de Astrid Hillström está en estos momentos en el mío.

—¿La madre de quién?

—De Astrid Hillström. Una de las jóvenes desaparecidas.

Wallander cayó en la cuenta de quién era la persona de quien le hablaba.

—¿Qué quiere?

—Está muy alterada. Ha llegado una postal de su hija, con matasellos de Viena.

Wallander frunció el entrecejo.

—Bien, eso es una buena noticia, ¿no? Significa que su hija ya viene de regreso.

—Ella asegura que su hija no ha escrito esa postal, que es falsa. Y está indignada porque considera que no hacemos nada al respecto.

—¿Y qué quiere que hagamos? No parece que se haya cometido ningún delito. Además, contamos con muchas pruebas de que se marcharon por voluntad propia.

Martinson tardó unos instantes en responder.

—No sé cómo explicarlo —continuó—, pero tengo la sensación de que ella está en lo cierto. No sé qué es, pero hay algo... En fin, no sé.

Estas palabras avivaron la atención de Wallander, pues, con el paso de los años, había aprendido a tomarse en serio los presentimientos de Martinson: no habría sido la primera vez que los hechos acababan por darle la razón.

—¿Quieres que vaya?

—No, pero creo que Svedberg, tú y yo debemos sentarnos a tratar este asunto mañana mismo.

—Dime a qué hora.

—¿Te parece bien a las ocho? Yo avisaré a Svedberg.

Tras la conversación, Wallander se quedó reflexionando unos minutos sin poner en marcha el coche. Un tractor atravesaba el campo, y lo siguió con la mirada sin dejar de pensar en las palabras de Martinson. También él había hablado con la madre de Astrid Hillström en varias ocasiones.

El inspector recapituló. Pasado San Juan, poco después de que Wallander regresara de sus lluviosas vacaciones, denunciaron la desaparición de unos jóvenes. El inspector, junto con otros colegas, se hizo cargo del asunto. Ya desde un principio, tuvo la sensación de que, tras esas desapariciones, no

se ocultaba ningún delito. Tres días más tarde llegó una postal de Hamburgo con una vista de la estación de ferrocarril de la ciudad. Wallander recordaba palabra por palabra lo que decía: «Nos vamos de viaje por Europa. Es posible que estemos fuera hasta mediados de agosto».

Ya era el 7 de agosto, lo que quería decir que no tardarían en volver del viaje. Y ahora acababan de decirle que había llegado otra postal con matasellos de Viena, de Astrid Hillström.

La primera la firmaban los tres, y los padres respectivos reconocieron sus firmas. La única que había albergado alguna duda acerca de su autenticidad fue la madre de Astrid, si bien al final se había dejado convencer por los demás.

Wallander miró fugazmente por el espejo retrovisor y salió de nuevo a la carretera. Martinson acertaba a menudo en sus presentimientos.

Aparcó el coche en la calle Mariagatan y subió las cajas de cartón y los cinco cuadros. Después se sentó a llamar por teléfono, pero en la consulta del médico al que solía acudir le salió el contestador automático. El médico no regresaría de sus vacaciones hasta el 12 de agosto. Se preguntó si aguardaría hasta entonces. Pero el recuerdo de lo cercano que había estado de la muerte aquella misma mañana no le daba tregua, de modo que llamó a otro médico, que le dio cita para el día siguiente, a las once de la mañana.

Tras apuntarse en el horario de la lavandería de la comunidad para la tarde siguiente, empezó a limpiar el apartamento. Como se hartó nada más acabar con su dormitorio, pasó la aspiradora bastante por encima por el salón y luego la guardó. Había dejado las cajas y los cuadros en la habitación donde Linda solía dormir cuando, alguna que otra vez, iba a visitarlo.

Se fue a la cocina y se bebió tres vasos de agua. Esa sed tan intensa también lo preocupaba. ¿A qué se debían aquel cansancio y aquella sed?

Eran ya las doce y sintió hambre, pero al abrir la nevera comprobó que no tenía nada que ofrecerse a sí mismo. Se puso el chubasquero y salió. Hacía buen tiempo y fue hasta el centro dando un paseo. Por el camino se detuvo ante tres inmobiliarias para ver los precios de las viviendas anunciadas en el escaparate. Se dio cuenta de que el precio propuesto por Robert Åkerblom era razonable: nadie pagaría más de trescientas mil coronas por la casa de Löderup.

Entró en un bar y se comió una hamburguesa, que acompañó con dos botellas de agua mineral. Después entró en una zapatería, a cuyo dueño conocía, y le preguntó si podía pasar a los servicios. Al salir a la calle de nuevo, se sintió, durante un instante, algo desorientado. En realidad, debería invertir aquel día libre en ir de compras. En efecto, no se trataba sólo de llenar el frigorífico, sino también la despensa. Sin embargo, apenas soportaba la idea de ir a buscar el coche para dirigirse a cualquiera de los grandes supermercados de la ciudad.

Bajó por la calle Hamngatan, cruzó la vía del tren y torció hacia la calle Spanienfararengatan. Cuando llegó al puerto deportivo, recorrió lentamente los muelles mientras contemplaba los barcos amarrados. Intentaba imaginarse la sensación que produciría el saber manejar un barco de vela; él no tenía la más mínima experiencia en el arte de navegar. Entonces se dio cuenta de que tenía ganas de orinar otra vez. Entró en un bar y se dirigió a los servicios, pidió otra botella de agua mineral y se sentó en el banco que había junto a la caseta de salvamento marino.

La última vez que estuvo sentado allí fue en invierno, la noche en que se marchó Baiba Liepa.

Ya había anochecido cuando la llevó en coche al aeropuerto de Sturup. Algunas ráfagas de viento que anunciaban una ventisca se arremolinaban a la luz de los faros del coche. Los dos permanecían en silencio. Luego la vio desaparecer cuando cruzaba el control de pasaportes. Wallander

regresó a Ystad; luego salió a la calle y fue a sentarse en aquel banco. Corría una brisa helada y tenía frío, pero se quedó allí sentado, pensando que se había terminado. Nunca más volvería a ver a Baiba. Habían roto para siempre.

Ella había llegado a Ystad en 1994. No hacía mucho que el padre de Wallander había muerto. Para colmo, él acababa de enfrentarse a uno de los casos más complicados de toda su carrera policial.* Pero además, aquel otoño, por primera vez en mucho tiempo también había hecho planes de futuro. Había decidido dejar el apartamento de Mariagatan, irse a vivir a las afueras y comprarse un perro. Incluso había visitado un criadero de canes en busca de un cachorro de labrador. Cambiaría su vida de forma radical.

Y, lo más importante, quería que Baiba Liepa se quedase a su lado. Ella había pasado la Navidad en Ystad y Wallander comprobó que Linda y Baiba hacían buenas migas desde el principio. Entonces, los primeros días de 1995 y los últimos antes de que Baiba regresara a Riga, hablaron en serio acerca del futuro, de que tal vez ella volviese a Suecia aquel mismo verano y se quedara. Vieron algunas casas juntos e incluso visitaron en varias ocasiones una casita con su parcela a las afueras de Svenstorp.

Pese a todo, un día del mes de marzo, o, por mejor decir, una noche, ella lo llamó desde Riga y le dijo que no estaba segura. No quería casarse ni irse a vivir a Suecia. Aún no, al menos. Preocupado, Wallander voló a Riga días más tarde con la idea de convencerla. Sin embargo, todo acabó en una discusión, la primera, larga y amarga, tras la cual dejaron de hablarse durante más de un mes. Wallander la llamó al fin y decidieron que sería él quien viajaría a Letonia aquel verano.

Pasaron dos semanas en el golfo de Riga, en una casa medio en ruinas que unos colegas de la universidad le habían

* Véase *La falsa pista*, Tusquets Editores, colección Andanzas 456, Barcelona, 2001 y Quinteto 100. (N. del E.)

prestado. Aprovecharon para dar largos paseos por la playa, y Wallander, escarmentado de las heridas anteriores, aguardó a que ella misma sacase el tema del futuro. Sin embargo, cuando por fin lo hizo, fue para mostrarse poco precisa y aún insegura. Ahora no, todavía no. ¿Por qué no podían continuar como hasta entonces? Durante el viaje de regreso a Suecia, Wallander se sentía abatido y seguía sin saber qué podía ocurrir. El otoño transcurrió sin que se viesen una sola vez. Habían hablado de ello, lo habían planeado e incluso habían considerado varias alternativas, pero no llegaron a concretar nada.

Coincidió aquella época con un periodo en el que Wallander empezó a volverse muy receloso. ¿No habría otro hombre allá en Riga, alguien cuya existencia él desconocía? En varias ocasiones llegó a llamarla a medianoche, consumido por los celos, y al menos dos veces tuvo la sensación de que había otra persona en el apartamento de Baiba, pese a que ella le aseguraba que no era así.

Aquel año, Baiba, una vez más, fue a pasar la Navidad a Ystad. En aquella ocasión, Linda sólo lo acompañó durante la cena de Nochebuena, antes de marcharse a Escocia con unos amigos. Fue entonces, unos días después de Año Nuevo, cuando Baiba le dijo que nunca podría vivir en Suecia. Había estado dudando durante mucho tiempo, pero ahora estaba segura de ello. No quería perder su puesto de trabajo en la universidad. ¿Qué iba a hacer ella en Suecia? ¿Y en Ystad, qué se le había perdido a ella allí? Tal vez pudiese trabajar como traductora o como intérprete, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Wallander intentó convencerla, sin conseguirlo, y no tardó en arrojar la toalla. Sin que ninguno de los dos lo manifestase abiertamente, ambos sabían que la relación estaba tocando a su fin. Después de cuatro años, no habían vislumbrado ninguna solución satisfactoria. Wallander la llevó a Sturup, la vio desaparecer por el control de pasaportes y después, en

plena noche invernal, fue a sentarse en el helado banco situado junto a la caseta de salvamento marino. Estaba deprimido y se sentía más solo y abandonado que nunca. Sin embargo, otro sentimiento, éste muy distinto, había ido abriéndose paso. Experimentaba un gran alivio. En efecto, ya no tenía por qué dudar más.

Un barco de motor se alejaba del puerto. Wallander se levantó. Necesitaba ir a los servicios de nuevo.

Siguieron hablando de vez en cuando, por teléfono, pero, con el tiempo, también terminaron abandonando esa vía de contacto. Más de medio año había transcurrido desde la última llamada telefónica cuando, un día, mientras Linda y él paseaban por Visby, ella le preguntó si de verdad había terminado con Baiba.

—Así es —respondió él—. Se acabó.

Linda aguardaba alguna explicación.

—No había otro remedio —añadió Wallander—. Creo que, en realidad, ninguno de los dos quería que se acabara. Pero era inevitable.

Entró en el bar, saludó con un gesto a la camarera y desapareció en dirección a los servicios.

Después dio un paseo hasta la calle Mariagatan, fue a buscar el coche y salió en dirección a Malmö. Antes de entrar en el supermercado en el que solía comprar, permaneció un momento en el coche e intentó hacer la lista de la compra; pero cuando circulaba con el carrito por entre los pasillos del comercio, no fue capaz de encontrar la hoja de papel en la que había escrito la lista. No se molestó en salir de nuevo e ir al coche a buscarla.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando dio por concluida la tarea de colocar la compra en el frigorífico y en la despensa. Se tumbó en el sofá, con la intención de leer el periódico, pero se durmió al momento. Cuando, una hora después, se despertó sobresaltado, recordó que había tenido un sueño.

Había soñado que estaba en Roma con su padre. Y, extrañamente, también Rydberg estaba con ellos, y unos seres menudos que parecían enanos y que les pellizcaban las piernas con dedos contumaces.

Wallander permaneció sentado en el sofá.

«Estoy soñando con personas muertas», se dijo. «¿Qué puede significar esto? Mi padre está muerto y sueño con él casi todas las noches. Y ahora también con Rydberg, mi viejo colega y amigo, que lleva ya muerto cerca de cinco años, el policía del que aprendí la mayor parte de lo que, pese a todo, se puede decir que sé.»

Salió al balcón. El tiempo era aún cálido, no se movía una hoja. En el horizonte empezaban a arremolinarse algunas nubes. De repente, con una lucidez aterradora, se dio cuenta de lo solo que estaba. Aparte de Linda, que vivía en Estocolmo y a la que veía muy de tarde en tarde, no tenía ningún amigo. Sólo se relacionaba con sus compañeros de trabajo, pero nunca se veía con ellos durante su tiempo libre.

Entró en el cuarto de baño y se lavó la cara. Se miró al espejo: contempló su rostro moreno, en el que se reflejaba el cansancio. Tenía el ojo izquierdo enrojecido y el nacimiento del cabello se había desplazado un poco más hacia atrás. Se subió a la báscula y comprobó que había perdido algunos kilos desde el verano anterior; de todas maneras, seguían siendo demasiados.

Sonó el teléfono. Era Gertrud.

—Sólo quería decirte que ya he llegado a Rynge, y que el viaje ha ido bien.

—Sí, he estado pensando en ti —aseguró Wallander—. Tal vez debí haberme quedado contigo un rato.

—Bueno, creo que necesitaba estar sola con mis recuerdos. Aquí me sentiré a gusto. Mi hermana y yo nos llevamos de maravilla. Siempre hemos estado muy unidas.

—Iré a verte dentro de unas semanas.

Acababa de colgar cuando el teléfono sonó de nuevo. Esta vez era su colega Ann-Britt Höglund.

—Quería saber cómo ha ido todo.

—¿Cómo ha ido qué?

—¿No ibas a ver a un agente inmobiliario, por lo de la casa de tu padre?

Wallander recordó que le había comentado algo el día anterior.

—¡Ah, sí! No ha ido mal —repuso el inspector—. Puedes comprar la casa por trescientas mil.

—¡Sí ni siquiera he podido echarle un vistazo!

—Es una sensación extraña. Ahora está vacía. Gertrud se ha mudado y alguien la comprará. Probablemente la conviertan en casa de veraneo. La habitarán otras personas que no sabrán nada sobre mi padre.

—En todas las casas hay fantasmas —lo consoló ella—. Salvo en las de nueva construcción.

—Sí, el olor a disolvente tardará en desaparecer —admitió Wallander—. Pero, cuando también éste desaparezca, no quedará ningún recuerdo de las personas que un día vivieron allí.

—Eso suena una pizca melancólico.

—Así es como me siento. En fin, nos vemos mañana. Gracias por llamar.

Fue a beber agua a la cocina. Ann-Britt había sido muy considerada al acordarse de ese detalle. Como era de suponer, a él no se le habría ocurrido nunca llamar en una situación similar.

Eran ya las siete de la tarde cuando se dispuso a prepararse una salchicha con patatas antes de sentarse a comer frente al televisor con el plato sobre las rodillas. Cambió varias veces de canal sin hallar nada que despertase su interés. Después de la cena, salió a tomarse el café al balcón. En cuanto se puso el sol, dejó de hacer calor, así que entró de nuevo en casa.

Dedicó el resto de la noche a ojear lo que se había traído de Löderup aquel día. En el fondo de una de las cajas había un sobre marrón, y en su interior halló unas viejas fotografías descoloridas que no recordaba haber visto nunca. En una de ellas estaba él, a la edad de cuatro o cinco años, sentado sobre el capó de un coche grande de algún modelo americano. A su lado, sujetándolo para que no se cayese, estaba su padre.

Wallander se llevó la fotografía a la cocina. Buscaría una lupa en alguno de los cajones para verla mejor.

«Estamos sonriendo», constató. «Yo miro directamente a la cámara radiante de orgullo. Me dejaron sentarme en uno de los coches de los comerciantes de arte, uno de aquellos que compraban los cuadros de mi padre a precios escandalosamente bajos. Mi padre también sonrío. Pero me mira a mí.»

Permaneció sentado largo rato contemplando la fotografía, que le hablaba de una realidad lejana e inaccesible. Hubo un tiempo en que su padre y él habían mantenido una buena relación. Todo cambió el día en que él decidió hacerse policía, si bien, durante los últimos años de la vida de su padre, ambos habían intentado recuperar poco a poco parte de lo que habían perdido.

Sin embargo, nunca llegaron tan lejos como en aquella imagen del pasado. Nunca, estando junto a su padre, volvió a esbozar aquella sonrisa que lucía él tan ufano sentado sobre el capó de aquel Buick reluciente. Estuvieron cerca durante el viaje a Roma. Pero no llegaron.

Fijó la fotografía a una de las puertas de la cocina con una chincheta y salió de nuevo al balcón. Las nubes se aproximaban. Se sentó frente al televisor y vio el final de una película antigua.

Hacia las doce de la noche se fue a dormir.

Al día siguiente se reuniría con Svedberg y Martinson. Después iría a ver al médico.

Permaneció largo rato tumbado y despierto en la oscuridad.

Dos años antes había abrigado el sueño de mudarse de la calle Mariagatan, de tener un perro, de vivir con Baiba.

Sin embargo, nada había salido conforme a lo que soñaba. Ni Baiba, ni la casa, ni el perro.

Todo seguía igual, como siempre.

«Ya ocurrirá algo», se animó, «algo que me dé fuerzas para seguir adelante».

Aquella noche, no consiguió conciliar el sueño hasta las tres de la madrugada.